



Diego Medina

OLIGARQUÍA Y CACIQUISMO

PASADO el «subidón» de optimismo, producido por las declaraciones vertidas por nuestros improbables políticos an-

daluces, a la espera del baño de multitudes que han pretendido darse —mediante el manoseado referéndum—, la percepción política de los andaluces de «a pie» torna de nuevo al ámbito de la realidad.

Ámbito de lo cotidiano, autenticidad, es decir, ámbito en el que se mueven, desarrollan y multiplican las «oligarquías» políticas y los clientelismos de clase (que, como en otras partes del mundo, siempre han existido en Andalucía y que continúan permaneciendo). Tornamos, pues, a la vida de la normalidad, del clasismo más andaluz, del clasismo del

señorito, del cacique, a la vida de la pobre gente del pueblo que —eso sí— a cambio de cualquier prebenda o beneficio (sobre todo en la Andalucía agraria es vergonzoso y se llama PER), estarán dispuestos a servir en todo al señorito e, incluso, a besar, si fuere necesario, el suelo por donde aquél pise. ¿Qué no...? Veán, sino, lo que ocurre en cualquier pueblo andaluz a la llegada de cualquier político (oligarca) de turno.

Ya se ha «refrendado» el nuevo Estatuto andaluz (bien publicitado —para ser plebiscitado—), un Estatuto que, entre otras cosas, servirá para forta-

lecer esa política agraria comunitaria que, en Andalucía durante años, ha significado subsidiar al terrateniente y arruinar al pequeño campesino; pues este Estatuto, patrocinado por un partido que se llama obrero y que gobierna Andalucía, casi tantos años ya como el franquismo —con ciertas otras similitudes también presentes respecto de aquél régimen— favorece una política agraria en la que los principales beneficiarios son los grandes capitales.

¿Qué no?, acérquense por curiosidad a la web de la Junta de Andalucía y den una ojeada a la identidad y cifras de los benefi-

ciarios de las ayudas comunitarias de nuestra tierra durante el año 2005. ¡Pues ahora, con el nuevo Estatuto, más!

Nada extraño parece que la oligarquía política dominante —ávida de poder y deseosa de prebendas— continúe vendiendo humo, denso humo, capaz de cubrir y disimular una política ramplona, idónea sólo para hacer perdurar los típicos comportamientos de aquella ávida burguesía o de aquella endémica aristocracia que siempre asfixió al verdadero pueblo en Andalucía. ¿A quién colgarán la próxima medalla? ¡Pobre Joaquín Costa!

Aguilar dice que